

Al profesor Joaquín Henández Serna,
a propósito de su estudio sobre las Cantigas.

Por Antonio Labaña Serrano

Un olor antiguo a pergamino,
a goma arábica y aceites
se asentaron en su mesa de despacho.
En la memoria un murmullo festivo
invadiendo el arrabal, que gozoso,
celebraba el Milagro de Nuestra Señora.
Panderos, cítaras, laudes
y una lluvia de oropeles
descendían de las pétreas almenas
de una muralla cortejada por palmeras.

De Florencia también se acumulaban
los recuerdos:
el silencio de las largas bibliotecas,
sagrarios de cálices de historia,
solamente interrumpido
por el acompasado taconeo
de anónimos y seculares pasos
sobre el mármol de Carrara de sus suelos;
los sonidos, al toque de las horas,
del infantil vocerío de los *campanili*,
que con sus sonoros arpegios
le recordaban el ángelus
de su murciana tierra de Alguazas,

vergel de naranjos, granaos y limonares
donde un eremita, Onofre,
quiso aposentarse cautivado
por los patios huertanos de sus casas,
invadidos por higueras, colocacias y chumberas.

Murmullos de peregrinos en los *Uffizi*
a los pies de un falso David de Miguel Ángel.

Sosegados desayunos humeantes
en los estrechos espacios de los cafés
y en sus recoletas y soleadas terrazas
con prólogo de proyectos,
y olor a mina de lápices gastados
por tanta anotación en el libro de la vida;
a olvidados legajos empolvados,
rescatados de laberintos gramaticales
para ser nuevamente interpretados:
y el Códice de Florencia
ocupando en la memoria
el espejo principal de todos los recuerdos.

Ahora, sobre la breve mesa
de su despacho universitario,
reposaban, además de los recuerdos,
los frutos recolectados
en la cosecha de sus trabajos.
En su retina, el oro que enmarcaban
las cuadradas viñetas medievales
secuestradas en el oscuro vientre de su cámara,
daba hoy luz a su tarea investigadora:
representaciones de hechos y dichos
en donde Santa María fue siempre
la maternal protectora.
La minuciosidad de los dibujos,
la frescura no ajada de los colores,
la bella insinuación de lo inacabado

aportaban aromas fonéticos
a unos textos por escribir que,
aunque carentes de partituras musicales,
revelaban nuevas luces y ritmos
en el siempre gozoso camino
de una nueva verdad descubierta.
El silencio, sin poder ser descrito,
también era palabra descalza
y portal de meditación
en el reto compositivo,
y, como meta,
severidad y rigor científico
en las apreciaciones y contextos
de los antiguos manuales,
nuevamente interpretados
bajo la fría luz de un flexo de neón,
y que en otro tiempo,
cuando fueron ilustrados,
lo serían, iluminados
por la oscilante pavesa de una vela
sobre el manido pupitre
de una biblioteca de monasterio medieval,
al susurro de salmodias gregorianas
entonando completas, vísperas y laudes.
Hoy un erudito, como ayer el Rey Sabio
rezador de las Cantigas,
ha vuelto a recordarnos
a través de sus nuevas anotaciones,
los muchos y santos
milagros que hizo Nuestra Señora.